

VIDA DESPUES DE LA MUERTE: EL MISTERIO

Andrew D. Templeman

Desafortunadamente la mayor parte del clero está profundamente confundido y desconcertado respecto de casi todas las ideas y convicciones tradicionales de la vida después de la muerte.

Ahora bien, una cosa es desafiar las dudas que nos asaltan a todos sobre la vida después de la muerte y simplemente afirmar que la muerte no es el fin. Para algunos esto es suficiente y la simplicidad de su fe no debe ser tocada. Pero para muchos que tienen que habérselas frecuentemente con la muerte en la parroquia y son constantemente requeridos para hablar convincentes palabras de consuelo a los afligidos, una fe simple no siempre proporciona medios para soportar el peso del dolor.

Recuerdo a un apesadumbrado padre de una brillante y prometedora hija de 19 años, que pocos días antes había muerto en un accidente automovilístico por culpa de un conductor ebrio que viró enfrente a su auto desde el lado opuesto del tránsito. La pregunta del padre no era tanto "¿Por qué?" Era capaz de entender los contrasentidos de la vida. Lo que deseaba saber era "¿Dónde está Linda ahora? ¿Está simplemente muerta con toda esa vida y personalidad brillante? ¿Ya no existe más, o aún vive de alguna manera? ¿Es entonces su espíritu el que vive? ¿Dónde está Linda? ¿Qué está haciendo?"

¿Hay algomás que decir o pensar acerca de la vida después de la muerte, alguna luz mejor que podamos arrojar sobre este asunto importante para cada uno de nosotros una vez que hemos afirmado que creemos en él, o simplemente que esperamos que sea verdad? ¿O debe permanecer como un misterio totalmente oculto en lo incierto?

EL ASPECTO FISICO

Me parece que el primer nudo que debemos desatar si sostenemos la tradición judío-cristiana, es que la vida después de la muerte tiene que ser mirada desde un punto de vista físico y no sólo espiritual. En la concepción judío-cristiana no flotamos hacia un cielo nuboso en alguna forma espiritual, para vivir eternamente o para hundirnos con el mismo espíritu en el infierno. El pensamiento más profundo, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, es que el cuerpo vive en la vida futura. Piense en la resurrección física de Jesús surgiendo a la vida después de su muerte. Fue física, aunque de algún modo trascendente, diferente, plena de asombrosas cualidades que sobrepasan lo meramente físico. Piense en la transfiguración de Jesús en el monte con Moisés y Elías. Piense en todo lo que San Pablo habla acerca de la inmortalidad de la carne, no sólo del espíritu.

Por eso no debiéramos tratar de jugar sobre seguro, como nuestro realismo y pragmatismo nos tienta a hacer, cuando vemos cerrarse el ataúd de un ser amado por última vez y pensar en esos momentos sólo en un espíritu Inmortal. Nuestra Biblia consecuentemente quiere lo mejor para nosotros; no lo peor, sino la osada afirmación que esta carne, estas manos con sus cinco dedos, morirá y volverá a vivir. ¿Pero es acaso una afirmación tan osada como parece?

LA SEGUNDA PASCUA DE RESURRECCION

Esto nos lleva al siguiente punto. ¿Es realmente tan imposible que aquel gran poder o fuerza que unió terrones de carbono y potasio para formar esos manojos que pueden moverse y vivir y -maravilla de maravillas- hasta reír, cantar, amar y odiar, danzar y orar, o sea el poder increíble que evidentemente fue capaz de reunirnos como un todo físico, mental y espiritual, es también capaz de hacerlo por segunda vez o tantas veces como desee hacerlo?

Lo que estoy diciendo aquí por supuesto es que no se puede ir muy lejos en la comprensión de lo que la vida después de la muerte puede significar a menos que confrontemos esta segunda cuestión o hasta hacer el debido lugar a la Energía infalible sin la cual la milagrosa combinación de carne que somos cada uno de nosotros, no podría ser lo que es. Ahora no estamos hablando de posibilidades o probabilidades. Estamos abordando un hecho consumado, aun cuando lo ignoremos generalmente y lo demos por sentado. El hecho es que Pascua de Resurrección ya nos ha venido a cada individuo una vez. ¿Y si sucedió una vez, por qué no nuevamente?

El finado Paul Tillich acostumbraba decir que una persona no puede ser un creyente hasta que el maravilloso Impacto de la propia existencia no le diera de lleno.

Un joven amigo, estudiante de medicina, me mostró una página de su libro de texto, una carrilla completa que consistía enteramente de 50 líneas de letras mayúsculas con 40 letras de ancho: AA BB CC DD AA AB AC AD, etc. "Imagine cada una de estas letras como una megamolécula de proteína -deca-, ahora recuerde que cada una de ellas posee en su interior una multitud de pequeñas moléculas, átomos, etc., y luego... considere que cada célula en el cuerpo humano tiene 50,000 páginas de proteína igual a ésta." Y el broche de oro es que cada letra en cada página tiene que estar en el orden exacto, o la célula no podría funcionar.

Este es el hecho; hay algo llamado "X" o llamado "Dios", pero que llámeselo como se quiera, debe admitirse que es real, algo que está allí, y que ejecuta un milagro inefable en cada cosa viviente, por no hablar de la existencia personal de cada uno de nosotros. Y si este Poder ha dado la vida a una persona a partir de proteínas complicadas

combinaciones llamadas estómago, pulmones, cerebro, etc., entonces hay razón de esperar y regocijarse por causa de la pascua de Resurrección, el surgir a la vida física desde la nada. Que ya ha tenido lugar una vez para cada uno de nosotros en el pasado y de este modo puede seguramente ocurrir nuevamente. Podemos estar seguros de ello y que es ciertamente capaz de darnos vida nuevamente después de la muerte. Una vida física, literal. Podemos estar ciertos de esto, reflexionando sobre un hecho evidente en cada uno de nosotros. Sólo hay que mirarse la mano y preguntarse "¿cómo llegó acá, esto tan asombroso?" Sucedió y debemos afrontar seriamente la tarea de explicar cabalmente cómo ocurrió. Podemos encontrarnos con Dios con el simple expediente de mirarnos las manos.

Ha llegado el momento de una observación fascinante que tanto Jesús como Pablo insertan en sus reflexiones al respecto; no ha sucedido sólo una Pascua de Resurrección en la historia de cada persona viviente, sino dos. No sólo se nos levantó de la nada a la vida desde el polvo de la tierra en nuestra creación, sino que pasamos de una vida previa a esta existencia, que es tanto más amplia. Estuvimos en la primera existencia por lo que nos debe haber parecido una eternidad. Reflexionamos ahora sobre ese tiempo feliz como los nueve meses de existencia en el útero, pero cuando estuvimos allí, del lado de adentro de la experiencia, nos debe haber parecido una eternidad de placer y paz. Quizá esta reminiscencia subconsciente nos sostiene más de lo que nos damos cuenta en este mundo, y nos lleva a esperar un retorno a aquel lugar de paz y satisfacción.

De cualquier modo, un día, en el medio de esa felicidad sin fin, repentinamente una fuerza comienza a estrujarnos y oprimirnos y sentimos el horrendo comienzo de un nacimiento que parece tan inconfundiblemente ser la misma muerte. No tiene sentido resistirse. La fuerza es arrolladora. La terrible transición tiene que ocurrir. Y de pronto, a través de lo que hoy llamamos un trauma tremendo, emergemos en un deslumbrante mundo de brillantez y a una nueva forma de respirar y movernos; algo terrible, pavoroso. Todo está preparado adecuadamente para que vivamos en él, con grandes seres vestidos de blanco y voces atronadoras como cataratas. ¡Ahí estábamos! ¡Quién sabe que sucesión de imágenes de esta experiencia profunda, primordial no influye aún hasta en nuestras imágenes mentales de ángeles y de la claridad del cielo futuro!

¿Y no es asombroso que San Pablo hable del mundo entero gimiendo como una mujer en trance de parto, esperando nacer a nuestra condición más alta de Hijos de Dios (Rom. 8)? Y Jesús dijo: Os es necesario nacer otra vez. ¿No será que quería expresar mucho más que el renacimiento espiritual con que siempre asociamos este pasaje?

De modo que ninguno de nosotros somos ajenos al surgimiento físico del polvo de la tierra o a la transición de una forma de vida a la otra.

Estos son precedentes con los que todos estamos familiarizados en virtud de nuestra existencia en el mundo. Todos somos veteranos de la muerte y de la resurrección. Ya hemos pasado por todo esto antes. Por eso, tal vez nuestros momentos de moribundo estarán también coloreados por ansiosa expectación y esperanzas optimistas. ¿No puede esta actitud, por ventura, penetrar algo el misterio? ¿No podemos conocer algo más sobre el futuro, dada la experiencia de nuestro pasado?

Esta es la idea de San Pablo y su intención en el gran capítulo de 1 Cor. 15:51-58 que comienza con las palabras "He aquí os digo un misterio..." Intenta allí descubrir a sus lectores algo de lo que les espera en la próxima transición.

LA MUERTE Y EL CAMBIO

Hay una extraordinaria riqueza de ideas en las breves expresiones que siguen a esas palabras. Creo que ni de cerca han sido examinadas con la intención que merecen. En esas breves líneas yacen algunas de las ideas más alentadoras y felices de toda la historia de la literatura humana. ¿Qué está diciendo el autor inspirado aquí? ¿Que algunos morirán y otros serán transformados sin morir? Esa es la interpretación tradicional de sus palabras. Pero fijémonos qué sucede si las palabras son tomadas de este otro modo (y la expresión griega nos anima a hacerlo así): "no es que todos moriremos, sino que todos seremos transformados". Pablo está interesado en contrastar muerte con transformación, y no el hecho de que algunos serán transformados con todos los demás que han de morir.

Y aquí están las palabras con que continúa: "En un momento, en un abrir de ojo". Ahora bien, eso no nos presenta problemas para imaginarlo. Podemos representarnos un cambio repentino, instantáneo, prácticamente sin que transcurra tiempo. ¿Pero cómo pensar que eso es lo que ocurre a nuestro ser querido, al que pusimos en tierra hace 20 años, especialmente si estamos hablando de la resurrección del cuerpo, la carne física que solía vestirnos, abrazarnos y besarnos? ¿Cómo podemos combinar la idea de un cambio repentino con veinte años o cien, o mil años en la tumba?

Y aquí está el tercer nudo que tenemos que desatar: un cambio instantáneo "en un momento, en un abrir de ojos" y la idea de este cambio como ocurriendo al fin del tiempo, y "a la final trompeta", como dice el antiguo Santo. Esas dos ideas son expresadas una después de otra, sin pausa. Y entonces para reforzar esta increíble combinación de ideas continúa: "porque será tocada la trompeta y los muertos serán levantados sin corrupción y nosotros seremos transformados."

Es imposible desatar este nudo a menos que entendamos a San Pablo de este modo: que el cambio instantáneo, "en un abrir de ojos", es el

lado de adentro de la experiencia de cambio para la persona que muere: lo que se experimenta es un cambio repentino. Cuando cerramos nuestros ojos en la muerte, inmediatamente ¡ahí estamos! en la próxima vida, sin ningún estado intermedio de espíritu desencarnado que flote hacia los cielos para esperar alguna futura reunión con el cuerpo. Lo que se describe es un cambio instantáneo. Todo lo que ocurre, ocurre al mismo tiempo. Por lo menos esa es la experiencia interna de la persona que hace la transición de la muerte.

Por el lado exterior de la experiencia, o sea desde el punto de vista de los deudos, nada ocurre por muchos años, por supuesto. El cuerpo es sepultado, o lo que sea. El tiempo sigue adelante. La historia sigue a todos, excepto a sus hijos más prominentes. Y tras cierto lapso, hasta los vestigios del cuerpo desaparecen para siempre.

Pero volvamos al interior de la experiencia. Del mismo modo como nosotros no teníamos conciencia del mundo cuando César cruzó el Rubicón, ni de ninguno de los milenios que lo precedieron, así tampoco no tendremos conciencia de las épocas que transcurran después de que hayamos vivido. Estaremos fuera del tiempo por todo lo que hace a nuestra experiencia. Nuestro sueño nocturno no es el mejor ejemplo. So meterse a una operación quirúrgica nos da una mejor analogía. Todo el que ha recibido anestesia general, sabe cuán ausente uno descubre que ha estado al comenzar a despertar en la sala de recuperación. No ha pasado el tiempo para esa persona.

Lo que esto significa, por supuesto, es que no debiera ser problema para nosotros aceptar que cuando morimos estamos muertos de verdad. Nada sigue viviendo: ni "alma", ni "espíritu". No necesitamos aferrarnos como un ahogado a una paja tan insegura como es la de un alma inmortal. Nuestra fe reside en el Poder increíble que, contra toda probabilidad, hizo lo milagroso una vez y que merece nuestra confianza respecto de que cumplirá su promesa implícita en el milagro de la vida: la esperanza de permanencia. Este poder es nuestra única esperanza. No tenemos más que esto, pero es más que suficiente. Y en lo que tiene que ver con nuestra propia experiencia, la transición repentina, inmediata, instantánea.

Pero veamos qué más emerge de esta experiencia: el que muere no está solo en la futura vida más amplia, sino que como toda la historia de este mundo ha transcurrido, está allí con todos los que le precedieron y con todos los que vendrán después de él. ¿No será éste el significado de las palabras de Jesús al ladrón crucificado con Él: "Hoy estarás conmigo en Paraíso"? No algún día, sino hoy. ¿Y qué nos sugieren respecto de la ubicación de este "tiempo más allá del tiempo" las apariciones de Cristo resucitado? ¿No es que este tiempo de algún modo se ha "curvado" en redondo de manera que ya está entre nosotros? Los incidentes narrados por el Evangelio registran una mezcla de te-

mor y regocijo a medida que estas tremendas cosas nuevas comienzan a ser captadas por las mentes de aquellos entre los cuales irrumpieron.

The Christian Ministry, Mayo 1978

-Condensado-